

# 14.ª DIVISIÓN

SEMANARIO DEL FRENTE

AÑO I

NUM. 7

## ¡¡ Ha muerto Mola !!

Ni conquistó Madrid  
Ni dominó a Euzcadi  
Ni tomó café  
en la  
Puerta  
del  
Sol

en  
cambio



ametralló  
mujeres indefensas,  
asesinó  
niños inocentes,  
ultrejó

todos los derechos  
de gentes,

fue en vida, en resumen,  
un debelador, un criminal nato, un salvaje,  
ajeno de toda sensibilidad.



# R U T A

¡Hijos del pueblo!

Horizontes de paz y de trabajo libre se dominan desde más allá de las trincheras que hoy os hostilizan. Y sólo por encima de esas trincheras pueden alcanzarse los días de paz y de trabajo libre. Sobre esas trincheras pasa el único camino que nos conducirá a esa meta de nuestro esfuerzo, a ese ideal por el que tantos hermanos proletarios han derramado su sangre y han hecho el sacrificio de sus vidas generosas.

Cientos de kilómetros aguardan esperanzados sentir el peso de vuestras pisadas; miles de odios aguardan impacientes el momento de escuchar vuestras canciones de guerra y vuestras palabras de hermanos; miles y miles de manos curtidas en el trabajo anhelan que llegue el momento de poder estrechar fraternalmente las vuestras, que se acostumbraron a acariciar los aceros de guerra.

Pero a esas metas ansiadas sólo se llega siguiendo las rutas heroicas que cruzan sobre las trincheras en que se anidan los fusiles y las máquinas de guerra de los que se rebelaron contra la decisión del pueblo español fijando sus destinos. Esas promesas sólo se alcanzan cubriendo paso a paso los caminos escabrosos bordeados de aceros enemigos, las veredas que serpentean entre ráfagas de ametralladoras y entre estampidos de obuses. Esos horizontes de redención sólo se alcanzan elevando al máximo la capacidad de sacrificio y el tesón heroico de todos los luchadores de la Libertad.

Pero, por encima de todos los obstáculos, venciendo todas las dificultades, cerrando los oídos a todos los dolores y haciendo caso omiso de todos los sacrificios, el pueblo español sabrá cubrir esas rutas espinosas que conducen a las deseadas mansiones de igualdad y de regeneración humana.

Lo duro del camino aumenta el esfuerzo y alarga la jornada. Pero el caminante, que pone a contribución su voluntad de pueblo que quiere ser libre, alcanza indefectible la finalidad que se ha propuesto y logra templar en las aguas serenas del futuro, limpio de dolores y de explotación, su sed secular de justicia y de paz.

Hermanos de lucha: por dolorosos que sean los sacrificios que las rutas ásperas del triunfo nos exijan; por agrios que sean los frutos de pólvora y metralla que ante nosotros se presenten; por hondos que sean los dolores que el avance os cueste, sabremos cubrir limpiamente las rutas que conducen a los horizontes limpios que el pueblo español espera y exige. Los horizontes de paz y de trabajo libre, a que el pueblo español tiene derecho por su heroísmo y por los sacrificios que ha realzado.

Hermanos de lucha: la ruta es áspera, pero la cubriremos. Lo exigen así al unísono nuestro honor y la seguridad de vida mejor.

Sin vacilaciones, sin mirar a nuestras espaldas, adelante por la ruta que nuestro deber nos impone.

¡Por la Victoria del Pueblo! ¡Por el triunfo de la Libertad!

El Comisario de la División,  
M. VALLE.

## MOLA HA MUERTO

Víctima de un accidente de aviación ha muerto el ex general Mola. Por encima de lo escueto de las primeras noticias periodísticas, arranca hondo y seguro el comentario de esta muerte justa, justísima en su esencia más íntima, injusta en cuanto a las circunstancias que la han rodeado y a la causa que la ha motivado.

Hacia tiempo que Mola estaba ya condenado a muerte. El se había levantado en armas contra el Gobierno que el pueblo se dió a sí mismo libremente; rebelde para con el Gobierno legítimo, traidor a su patria y verdugo de su pueblo, ese general había sido ya sentenciado por todas las conciencias sanas, por todas las conciencias limpias del pecado imperdonable de la rebeldía.

Pero no era en un accidente de aviación donde el ex general Mola debía haber encon-

trado su muerte. Hubiera sido más justo que hubiera comparecido ante el Tribunal del pueblo, que, convertido en el tribunal de su conciencia, hubiera lanzado sobre su cabeza el anatema de su verbo inexorable, la acusación gigantesca de todo un pueblo a la que apoyarían miles y miles de víctimas inocentes. Allí, en el banquillo de los acusados, solo con su conciencia cargada de crímenes, ante los ojos vigilantes de los que fueron sus víctimas propiciatorias, el pueblo español hubiera formulado su juicio definitivo, para que la Historia enseñase a las generaciones futuras cómo, a pesar de todas las dificultades, salvando todos los obstáculos, bordeando todos los abismos, terminaba por imponerse la causa de la justicia y triunfaba sobre las sombras la luz, sobre la esclavitud la libertad, sobre los egoísmos el espíritu

altruista, sobre la guerra la paz y sobre la explotación inicua el trabajo fecundo.

Es un derecho que el destino arrebató al pueblo español: el derecho de acusar y juzgar formalmente a los que, rebelándose contra él, se convirtieron en sus verdugos, en los hombres que friamente llevaron a la muerte a miles y miles de sus hijos, que tenían como delito único el haber aspirado a una vida libre, fuera del alcance de las anagazas de los encumbrados y de las violencias de los detentadores de la fuerza estatal, de esa fuerza que, nacida en las entrañas mismas del pueblo, por un trágico juego de prestidigitación, había sido puesta entre las manos y al servicio de los jefes de ese medio de dominación que se llama Estado, creado por los mismos dominadores para mejor utili-

zar en su provecho la fuerza que usurparon.

El avión que ha producido la muerte al ex general Mola se ha anticipado a la ejecución de la condena que habría pronunciado la justicia serena y ecuaníme del pueblo.

Pero todo sea por bien empleado si ha de servir para ahorrar nuevas vidas, para impedir que nuevos vuelos trágicos siembren el dolor y la desesperación sobre tierra española.





# ¡¡ VENGANZA !!

## La barbarie teutona ha iniciado la guerra internacional.



En estos días los dictadores europeos, las naciones fascistas que encendieron la guerra en nuestro país y pagan y mandan a los generales traidores se han quitado la careta que encubría en parte sus turbios apetitos. La escuadra alemana, sin recato de ningún género, con una bestialidad sin ejemplo aun entre la misma canalla fascista, ha bombardeado la población civil de Almería. Es un acto de hostilidad franco y abierto contra el pueblo español. No es colarnos ya frente a la guerra internacional, sino dentro de la guerra misma. No cabe, ante esta actitud bárbara de los teutones, ni la sorpresa ni el asombro. Hace diez meses que son ellos, en colaboración con los italianos, quienes nos hacen la guerra. Son ellos los que tramaron el complot que estalló el 19 de julio, en unión de una clerecía trabucaire, de unos señoritos degenerados y de unos militares traidores a su patria, a la palabra empeñada, y al pueblo, al que juraron servir y defender. Son ellos los que enviaron los «junkers», los «capronis», los «heinkels» y los «fiats» que deshacen nuestros pueblos, buscando carne inocente de mujeres y niños en que vengar sus derrotas. Son ellos los inspiradores, los técnicos, los dirigentes de fantasmones como Franco o espadones borrachos como Queipo de Llano. Son ellos, sólo ellos, quienes sostienen la guerra, quienes ensangrientan España, quienes hacen llorar a nuestras mujeres y a nuestros hijos, quienes han cubierto de vergüenza y luto el cielo de nuestro país. Hasta ahora lo hicieron encubiertos, cobardes, a traición. Ahora descubren francamente toda su bestialidad, probando a los ojos del mundo, que se negaba obstinadamente a ver la realidad de nuestra lucha, todo el alcance de la guerra española, que no es una guerra civil, que es la lucha heroica de un pueblo en defensa de su independencia, contra las aves de rapiña del capitalismo mundial.

Las democracias vacilantes, los gobernantes europeos habrán salido ya del error si alguna vez sintieron de buena fe la duda de si Alemania e Italia intervenían activamente en nuestro país. Nosotros no hemos tenido nunca dudas de esta clase. No hemos podido tenerlas. Nosotros vimos, en estos mismos campos de la Alcarria, correr a las huestes de Mussolini. Nosotros cogimos centenares de prisioneros italianos, «voluntarios» por fuerza del ejército invasor. Nosotros tuvimos cuantas pruebas puedan desearse, mostrando hasta la saciedad la intervención directa y descarada de las naciones fascistas en la contienda que sostiene nuestro país. No; para nosotros no cabía duda humana posible: no debía caberle a nadie que procediera con

lealtad. Y, sin embargo, las naciones extranjeras, los países que se dicen defensores de la democracia y del derecho, los que hablan en frases grandilocuentes del derecho de los pueblos a ser dueños de sus propios destinos, seguían negando la evidencia, cerrando los ojos a la realidad, pretendiendo que aún no tenían demostraciones irrefutables de la actuación descarada de los dictadores europeos. Y bien. ¡Ya tienen esas pruebas que pedían con tanto interés! ¡Ya tienen más de treinta cadáveres españoles, más de ciento cincuenta heridos, más de veinte casas en escombros, merced a los cañones de la escuadra de Hitler! Ahora no pueden dudar ni vacilar. Ahora han de fijar una actitud clara y resuelta. O se lanzan contra el fascismo, como les obliga su dignidad y sus intereses, o se callan cobardemente, alentando los imperialismos europeos y olvidando que para Hitler y Mussolini, Madrid no es más que un paso en el camino de París, y que a España seguirán otras víctimas que se llaman Inglaterra y Francia.

Ante nosotros, trazada con sangre de víctimas inocentes, está claro el camino a seguir. Nuestros muertos, nuestros mutilados, nuestros pueblos y aldeas destrozados por la barbarie extranjera, claman a gritos venganza. Y hemos de ser nosotros, los hombres que empuñamos los fusiles, los que en vanguardia peleamos por la libertad, por la independencia y por la dignidad de España, quienes tenemos que vengarles. No tema nadie que nuestro ánimo desmaye. Pase lo que pase, ocurra lo que ocurra, las armas que hoy empuñamos no serán abandonadas hasta que del suelo amado de España no haya sido borrada la huella del último invasor fascista.





# Romance de la Guardia Civil Española

Los caballos negros son.  
Las herraduras son negras.  
Sobre las capas relucen  
manchas de tinta y de cera.  
Tienen, por eso no lloran,  
de plomo las calaveras.  
Con el alma de charol  
vienen por la carretera.  
Jorobados y nocturnos  
por donde animan ordenan  
silencios de goma oscura  
y miedos de fina arena.  
Pasan si quieren pasar  
y ocultan en la cabeza  
una vaga astronomía  
de pistolas inconcretas.

\* \* \*

¡Oh ciudad de los gitanos!  
En las esquinas banderas.  
La luna y la calabaza  
con las guindas en conserva.  
¡Oh ciudad de los gitanos!  
¿Quién te vió y no te recuerda?  
Ciudad de dolor y almizcle  
con las torres de canela.  
Cuando llegaba la noche,  
noche que noche nochera,  
los gitanos en sus fraguas  
forjaban soles y flechas.  
Un caballo malherido  
llamaba a todas las puertas.  
Gallos de vidrio cantaban  
por Jerez de la Frontera.  
El viento vuelve desnudo  
la esquina de la sorpresa  
en la noche platinoche,  
noche que noche nochera.

\* \* \*

La Virgen y San José  
perdieron sus castañuelas  
y buscan a los gitanos  
para ver si las encuentran.  
La Virgen viene vestida  
con un traje de alcaldesa,  
de papel de chocolate,  
con los collares de almendras.  
San José mueve los brazos  
bajo una capa de seda.  
Detrás va Pedro Domecq,  
con tres sultanes de Persia.  
La media luna soñaba  
un éxtasis de cigüeña.  
Estandartes y faroles  
invaden las azoteas.  
Por los espejos sollozan  
bailarinas sin caderas.  
Agua y sombra, sombra y agua  
por Jerez de la Frontera.

\* \* \*

¡Oh ciudad de los gitanos!  
En las esquinas, banderas.  
Apaga tus verdes luces  
que viene la Benemérita.  
¡Oh ciudad de los gitanos!



Federico García Lorca era un poeta popular; era, ni más ni menos, el mejor poeta de la nueva España que nacía en medio de las convulsiones revolucionarias. Poeta surgido de la entraña viva del pueblo, que en el pueblo encontraba su fuente directa de inspiración. Poeta que cantaba, en el arabesco de sus metáforas, todos los sentimientos y los anhelos del pueblo andaluz. Poeta enemigo de los señoritos, de los terratenientes, de los amos esclavizadores de su Andalucía. Y de la Guardia civil caminera, de charolados tricorrios y calavera de plomo, servidora sumisa de los poderosos y enemiga implacable de los trabajadores. Por ser amigo del pueblo, por no adular a los señoritos, la canalla fascista le asesinó en Granada. Ha muerto el poeta; ha desaparecido el hombre joven de talento extraordinario. Pero la barbarie fascista no ha podido ni podrá borrar su obra. Y entre ella, destacándose en un primer plano, figura este romance magnífico de la Guardia civil española, que valió un proceso a su autor durante los años negros de la dictadura primorriverista.

¿Quién te vió y no te recuerda?  
Dejadla lejos del mar  
sin peines para sus crenchas.

\* \* \*

Avanzan de dos en fondo  
a la ciudad de la fiesta.  
Un rumor de siemprevivas  
invade las cartucheras.  
Avanzan de dos en fondo.  
Doble nocturno de tela.  
El cielo, se les antoja  
una vitrina de espuelas.

\* \* \*

La ciudad, libre de miedo,  
multiplicaba sus puertas.  
Cuarenta guardias civiles  
entran a saco por ellas.  
Los relojes se pararon,  
y el coñac de las botellas  
se disfrazó de Noviembre  
para no injundir sospechas.  
Un vuelo de gritos largos  
se levantó en las veletas.  
Los sables cortan las brisas  
que los cascos atropellan.  
Por las calles de penumbra  
huyen las gitanas viejas  
con los caballos dormidos  
y las orzas de monedas.  
Por las calles empinadas  
suben las capas siniestras  
dejando detrás fugaces  
remolinos de tijeras.

\* \* \*

En el portal de Belén  
los gitanos se congregan.  
San José, lleno de heridas,  
amortaja a una doncella.  
Fercos fusiles agudos  
por toda la noche suenan.  
La Virgen cura a los niños  
con salivilla de estrella.  
Pero la Guardia civil  
avanza sembrando hogueras,  
donde joven y desnuda  
la imaginación se quema.  
Rosa la de los Camborios,  
gime sentada en su puerta  
con sus dos pechos cortados  
puestos en una bandeja.  
Y otras muchachas corrian,  
perseguidas por sus trenzas,  
en un aire donde estallan  
rosas de pólvora negra.  
Cuando todos los tejados  
eran surcos en la tierra  
el alba mecía sus hombros  
en largo perfil de piedra.

\* \* \*

¡Oh ciudad de los gitanos!  
La Guardia civil se aleja  
por un túnel de silencio  
mientras las llamas te cercan.  
¡Oh ciudad de los gitanos!  
¿Quién te vió y no te recuerda?  
Que te busquen en mi frente  
juego de luna y arena.



# Diversas categorías de ARTILLERIA

por el GENERAL CARDENAL



Tal como ofrecimos, hoy vamos a estudiar con detalle las CARACTERÍSTICAS PARTICULARES.

En Francia, las características particulares de las diversas artillerías quedan consignadas en la «Instruction sur l'emploi tactique des Grands Unités» y en la «Instruction sur le service en campagne de l'Artillerie», y no la reproducimos. Contentémonos con exponer algunas consideraciones relativas, sea a la maniobra de los fuegos, sea a la maniobra del material.

A) **Maniobra de los fuegos.**—Hay que hacer constar, ante todo y como observación de conjunto, que no deben clasificarse los diversos materiales con separaciones rígidas para cada cometido. Hay que evitar fórmulas rígidas, tales como: «el cañón de 7,5 cm. es el cañón de apoyo directo», o «el obús del 15,5 cm. sólo debe emplearse para destrucción», etc. Es cierto que cada categoría tiene como característica una misión principal, y así se consigna en los reglamentos citados; pero al lado de ellos se indican también aquellas otras misiones que dicha clase de artillería puede satisfacer, muchas de ellas de un modo satisfactorio.

Dice así el «Servicio en campaña de la artillería»:

«El Mando, para el empleo de las unidades que tiene a su disposición debe tener en cuenta la APTITUD que a cada material le confieren sus PROPIEDADES PARTICULARES.

«De las características que acaban de exponerse resulta la mayor o menor aptitud de los diferentes materiales para las misiones que incumben a la Artillería. Pero todo material de artillería puede, siempre que sea necesario, cooperar, aunque sea con reducida eficacia, al conjunto de estas misiones; el artillero no tiene derecho para permanecer inactivo, bajo pretexto de que no dispone de material adecuado al cometido que se le señala o al que exijan las circunstancias.»

El «Servicio de Campaña» no dice más; pues se dirige sólo a los artilleros. Pero dirigiéndose al Mando y a sus auxiliares precisa añadir, que al lado de esta buena voluntad exigida a los artilleros, debe existir por parte del Mando y del Estado Mayor que lo secunda, al lado del buen sentido que nunca pierde sus derechos, un conocimiento general del arma lo suficientemente profundo para que les permita no salirse del cuadro de sus posibilidades y de su utilidad de intervención. Así es que tomando ejemplos, ciertamente muy raros, pero no menos reales, de la última guerra, debe procurarse no ordenar que el G. P. F. (cañón de gran potencia Fillonx, de 15,5 cm.) tire a 12 ó 14 kilómetros sobre una patrulla de caballería, o prescribir que se prepare un tiro de artillería de gran potencia con objeto de destruir un objetivo ligero, móvil, de pequeñas dimensiones y situado a base de informaciones de prisioneros cogidos días antes, pero que sólo aproximadamente podían indicar su situación. Es preciso no ordenar que determinadas unidades consuman, SUCEDA LO QUE SUCEDA, todas las noches una cantidad de municiones cifrada en varios centenares de disparos por batería, hasta en alguna ocasión, por pieza.

Con tales medidas el Mando corre el peligro de desautorizarse, de provocar objeciones o de causar un prematuro desgaste de un personal que no descansa, de un material cuyo reemplazo no siempre es fácil, y de municiones cuya penuria puede acarrear gravísimas consecuencias.

Examinemos ahora, sucesivamente, las diversas clases de artillería:

**Artillería ligera.**—El cañón de 7,5 cm., calibre tipo de la artillería ligera actual, le corresponde el problema del apoyo directo, y el del acompañamiento inmediato de la infantería cuando no exista material adecuado, o en su defecto material de montaña. Es muy difícil definir exactamente los límites de ambas misiones. Ambas se efectúan en provecho de la infantería y tienen como finalidad abrirla el camino.

El apoyo directo es acción ordenada por el Jefe dentro del cuadro de conjunto de la maniobra, mientras que el acompañamiento inmediato es acción pedida por el ejecutante mismo durante el combate, acción que se desarrolla bajo la forma de misiones locales o instantáneas que exigen el envío rápido de un número de proyectiles generalmente limitado. El apoyo directo supone la centralización de un conjunto de medios que puedan en caso necesario completarse, reforzarse o apoyarse mutuamente, mientras que el acompañamiento inmediato supone una descentralización más o menos acentuada, procurando una rápida entrada en acción, pero con menor potencia. La artillería de apoyo directo cambia de posición, dando saltos amplios en el momento en que no puede ya seguir con sus fuegos el avance de la infantería: el escalón que está ejecutando el salto queda durante este tiempo sustituido en su misión por otro escalón, designado por el Jefe que manda el conjunto de la artillería ligera. La artillería de acompañamiento inmediato sigue lo más cerca posible a la infantería en su movimiento.

Si el cañón de 7,5 cm., bien con tracción hipomóvil o transportado sobre automóviles y dotado de algún tractor de orugas, constituye una artillería de apoyo directo muy aceptable, a pesar de su trayectoria tan tensa, insuficientemente remediada con el empleo de la carga reducida, preciso es confesar, por el contrario, que como material de acompañamiento inmediato es bastante defectuoso. Enganchado es muy vulnerable para las ametralladoras enemigas, a las que ofrece un blanco de grandes dimensiones y muy visible. Remolcado por un tractor, ciertamente es menos voluminoso, pero todavía bastante vulnerable. Una vez en batería, subsisten los mismos inconvenientes, quedando los sirvientes insuficientemente protegidos. Y podemos añadir que como la misión de acompañamiento inmediato se traduce con frecuencia en tiros a pequeña distancia (se han ejecutado algunos a 600 metros), la trayectoria tan tensa del cañón impide el poder desenfilarse o enmascararse. Por la misma tensión de la trayectoria puede ocasionar pérdidas en la propia infantería, y para evitarlas queda obligado a no tirar más que entre los intervalos de la línea avanzada de la infantería: además, y por el mismo motivo, tampoco puede batir un objetivo algo desenfilado.

Se ve, pues, cuán precario es el empleo del cañón de 7,5 cm. en misión acompañamiento inmediato, al menos cuando la resistencia del enemigo es apreciable. En tal caso, el cañón de 7,5 cm. corre el peligro de verse inutilizado antes de haber podido entrar en acción. Se concibe posible su empleo cuando la resistencia del enemigo es todavía poco sensible o bien cuando ha sido muy quebrantada: tal sucede en la toma de contacto, en el aprovechamiento del éxito logrado y en la persecución. Pero aun en tal hipótesis, el terreno desempeña un papel capital según permita la ocultación durante la aproximación, y así el acompañamiento inmediato toma un carácter intermitente, realizable durante un travecto favorable, imposible de realizar a continuación si el terreno se descubre, volviendo a ser posible poco después, y así sucesivamente.

En cambio el material de montaña, especialmente el obús ligero, tiene excelentes condiciones para realizar el acompañamiento inmediato: sus cargas variadas le proporcionan una flexibilidad de trayectorias que le permiten ocultarse por completo: batir objetivos bastante desenfilados: es factible de ser transportado a brazo o en limonera, arrastrado por un solo animal. Sin embargo, su visibilidad es aún bastante grande, y en terrenos completamente abiertos su empleo sería muy difícil en la misión de que se trate, sino imposible.

En todo caso, allí en donde los fuegos de las ametralladoras contrarias dominan el terreno, sería de desear de disponer de una artillería blindada y automóvil, capaz de reforzar y prolon-

(Continuará.)



# Consejos a los combatientes

(De notas y experiencias de la Gran Guerra, en el combate)

¿Qué debe hacer el combatiente? Siempre y en todas partes sucede lo mismo.

Después que la artillería ha demolido las defensas y aterrizado a los defensores, el infante emprende el asalto y se apodera de la posición.

Avanza lo más lejos posible para ganar de un solo golpe todo el terreno que pueda.

Se mantiene firme como una roca bajo el fuego de la artillería, aviación y frente a los contraataques, para no desprenderse del terreno que ha conquistado.

Para esto debe hacerse lo siguiente:

Acercarse al enemigo hasta la distancia de asalto (100 a 200 metros como máximo).

Lanzarse al asalto con toda la energía que infiltra la defensa de la libertad.

Perseguir al enemigo hasta destruirlo.

Mantenerse con firmeza en el terreno conquistado.

Si no se está a distancia de asalto hay que acercarse al enemigo, sea de día o de noche.

De día suele avanzarse bajo la protección del fuego de la artillería o máquinas automáticas. Se marcha rápidamente, no perder el tiempo bajo la metralla; cuanto más tiempo se esté bajo sus efectos, más probabilidades se tienen de recibirla.

Saber aprovechar los silencios entre las descargas o ráfagas enemigas.

Se marcha en orden, a saltos y sin disparar mientras sea posible.

Pero cuando el fuego de infantería del enemigo se hace vivo y certero, lo que acontece a pequeñas distancias, ya no es fácil conservar la alineación; entonces se corre a todo pulmón, y se hace fuego para causar daño al enemigo.

A partir de este momento el orden se ha perdido, no se oyen las voces de mando, apagadas por el estrépito, ni siquiera se oye a los Jefes.

Entonces el tirador, en lugar de considerarse perdido y no atreverse a mover, se pone de acuerdo con sus compañeros para avanzar siempre, acechando la ocasión propicia, corriendo, removiendo el terreno con la pala para abrigarse, disparando, lanzando granadas.

## Cómo garantizarse contra las granadas.

Los que no tienen experiencia guerrera se conmueven vivamente por la explosión de la granada, y más aún si ésta es de gran calibre. Los aguerridos tampoco las desean, puesto que el ruido y la conmoción del aire por las violentas explosiones atolondra y marea. Pero éstos saben que la granada casi siempre hace más ruido que daño, y que después del más terrible bombardeo la destrucción no es completa ni mucho menos.

La granada de gran calibre, que tan aparatosa parece, no es realmente terrible más que cuando cae en el sitio que uno se encuentra, porque como todos los cascos van por los aires es fácil huir de sus efectos. Hay que echarse al suelo inmediatamente cuando llega la granada, y aunque ésta explote cerca, no hay peligro. Abrir la boca y taparse los oídos.

No levantarse inmediatamente después de la explosión, en particular si se está a 200 ó 300 metros del punto de caída, porque los cascos no caen hasta algún tiempo después de oída la explosión.

Contra el fuego de la artillería ligera, la mochila, bolsa de costado y manta protegen bastante bien de los cascos y balines que constituyen su carga.

## Cómo se escapa de esta clase de tiro.

Avanzar rápidamente para salir de las zonas peligrosas. Algunos, completamente alocados, sin pensar avanzar, se echan en tierra cara al suelo, y allí mismo serán destruidos.

Acercarse a corta distancia del enemigo. Así la artillería

pesada del enemigo cesará en su fuego, por temor a herir a su propia infantería.

El fuego de infantería, cuando es violento, siembra la confusión y el desorden en las filas. Cada hombre sólo tiene oído para el silbido del proyectil que se acerca; acorta su paso, y siente la tentación de refugiarse en los abrigos o lugares cubiertos. Las unidades se descomponen, se confunden, y ha de hacerse alto. El desorden es la matanza.

Marchad exactamente en vuestro sitio. Coged por los brazos a los que más se impresionan y obligadles a seguir adelante.

En la trinchera. No esperes el último momento, como ocurre a menudo por desidia. Si no se pueden cavar abrigos profundos, adelantad durante la noche la línea de trincheras y acercadlas a las del enemigo.

## Cómo se sirve un hombre del fusil.

El fusil sirve para destruir de lejos al adversario, para acercarse a él sin riesgo. A medida que avanza cada soldado hace el vacío delante de sí mismo: su interés estriba en que éste sea completo.

Apuntar bien, preparar el arma. Tomar bien el punto de mira. Espiar al enemigo. Saber el momento en que hay que disparar.

**Manera de apostarse.**—Para tirar bien es necesario estar bien abrigado; un hombre que a cada instante esté expuesto a recibir un balazo, ejecuta nervioso sus movimientos, se apresura, tira mal, y es motivo de risa para el compañero y aún para el enemigo por su torpeza.

La primera preocupación del tirador que va a romper el fuego, debe consistir en prepararse o construirse un puesto seguro y cómodo.

Este puesto se compondrá de un parapeto pequeño de tierra para protegerse de los tiros enemigos de frente, y una aspillera que en lugar de dirigirse rectamente al enemigo es oblicua; por consiguiente, no se tira contra los enemigos que están enfrente, sino sobre los que están algo más a la derecha o izquierda.

De este modo no hay peligro de recibir un balazo de frente, lo que suele suceder, cuando se acaba de llegar a un nuevo abrigo y el enemigo está en acecho. Todas las balas de frente se entierran en el parapeto sin causar lesiones al tirador.

Hay que evitar que el enemigo descubra nuestra aspillera, pues en cuanto éste la acota, sus balas se estrellan alrededor del puesto del tirador y concluyen por inquietarlo y ponerlo nervioso.

Otro modo de evitar ser descubierto, es no levantar nunca el fusil para cargarlo, hacéldo resbalar por la aspillera a flor de tierra. Trabajar con precaución para no atraer la atención del enemigo.

Ocultad los cañones de las armas automáticas y cubrir sus extremos con hierba para que el polvo que levantan las balas no descubra los emplazamientos.

**Tomar bien el punto de mira.**—Los tiros de 300 metros en adelante no tienen una precisión bastante para poder con seguridad batir un objetivo diminuto, como lo es a esas distancias la cabeza de un hombre. Para ello el hombre que conoce bien su arma, sabe que hay que apuntar un poco más alto o bajo. Cuando se consigue averiguar a qué punto hay que apuntar para batir exactamente un objetivo, se dice que se sabe tomar el punto de mira.

**Cómo se acecha al enemigo.**—Incluso a pequeñas distancias los tiradores enemigos suelen ser difíciles de descubrir; su puesto sólo puede indicarse por la visibilidad de su abrigo y su fusil, según se ha dicho antes.

Tan pronto como se logra descubrir un puesto enemigo, se encara el fusil y se aguarda a que se muestre el hombre para disparar en cuanto aparezca. No preocuparse de otro hasta no haber puesto fuera de combate al primero. Luego acechad a otro yendo de derecha a izquierda. De este modo no queda uno ex-



puesto a los tiros de frente, más que poco a poco y a medida que el tirador se va haciendo dueño de la situación.

**Cuándo hay que hacer fuego.**—Cuando no se ve al enemigo, se espera y se le acecha, disparando en el momento en que aparece; es decir, cuando se descubre para tirar o avanzar. En general, se advierte esto por un fusil que se levanta.

Cuando se produce movimiento en nuestra línea, el adversario no deja de tirar y se descubre.

Para tirar contra un enemigo que corre, no se le persigue en su carrera. Apuntad a un punto por el que deba pasar y disparad en el momento en que llegue a él.

Cuando el enemigo huye, intensificad el fuego; finalmente, tened presente que si se dice que el enemigo ha quedado destruido, es que no ha dejado más que algunos hombres en el terreno. Tomad bien el alza; de este modo, aunque estéis cansados o tiréis al montón, el fuego será mortífero.

Puede ocurrir que el enemigo avance sin desconfiar y que no os advierta por encontraros bien ocultos; dejadle acercarse descubierta y derribadle a pequeñas distancias.

Contra las patrullas, es el método eficaz y único para destruir las.

**Contra quién hay que tirar.**—El tirador debe hacer fuego contra el adversario que haya elegido como blanco, pero debe abandonar este objetivo en los casos siguientes:

**Aparición de clases, oficiales y jefes.**—Se les reconoce por los ademanes y porque, en general, van en el centro de los grupos y marchan los primeros. Tirar sobre ellos para ponerlos fuera de combate y hacer insostenible su vecindad.

**Fracción enemiga en movimiento.**—Concentrad el fuego sobre ella inmediatamente. Se conoce que el enemigo prepara un asalto por los movimientos que se advierten en su línea y por los fusiles que se levantan. Si el enemigo consigue dar el salto, continuad acechando porque siempre quedan rezagados que tratan de incorporarse u otras fracciones que intentarán seguir el movimiento.

**Tentativa de infiltración.**—En ocasiones el enemigo intenta avanzar de uno en uno o en pequeños grupos, corriendo o arrastrándose por caminos, embudos, etc. Acechadles a la partida y a la llegada.

**Ametralladoras.**—Tirad inmediatamente sobre las que intenten emplazar el enemigo y no dejarle entrar en acción tranquilamente.

**Señaladores, estafetas, enlaces, etc.**—Tirad contra todo enemigo que ejecute señales, así como contra cualquier individuo aislado que circule por el campo, porque puede ser un agente de enlace u oficial o clase.

**Enemigo que se presente de flanco.**—Aprovechad todas las ocasiones de hacer fuego contra un enemigo que se presente de flanco; para esto avanzad o correos lateralmente si es posible. El fuego de un solo hombre que dispare contra el flanco del enemigo puede obligar a toda una línea a replegarse.

No olvidar que para tirar bien hay que empezar por servirse bien de la pala.

#### Cómo se acerca un tirador al enemigo.

Algunos hombres no tienen más que una idea, echarse al suelo. Se llega al terreno del combate para combatir. Por consiguiente, no se utilizan los abrigos naturales del terreno más que para apostarse bien y hacer fuego o para llegar cerca del enemigo sin hacerse matar.

**Ocasiones de avanzar.**—Los tiradores se imaginan que deben siempre esperar una orden para avanzar; pero como los jefes faltan a veces y a menudo no se les puede ver ni oír, sucede que los grupos quedan inmóviles durante mucho tiempo y se pierden innumerables ocasiones de mejorar nuestras posiciones.

El tirador debe avanzar por sí mismo, sin esperar órdenes, siempre que exista un buen abrigo algunos pasos o algunas docenas de pasos a vanguardia. Hay que ganar siempre terreno al frente, aunque sea sólo un paso.

**Dificultad de avanzar uno mismo.**—Avanzar cuando el enemigo está cerca es siempre muy penoso. Cuando el tirador se encuentra por fin en un abrigo, respira al refugiarse en él. Le parece que el aire que le rodea está lleno de balas, y que si se descubre un momento será herido, indefectiblemente, lo que le hace estremecerse y agacharse aún más.

Al enemigo no se le ve y, sin embargo, apenas el tirador se descubre, silban las balas a su alrededor. Estos fusiles invisibles

le inquietan y no se atreve a aventurarse. Por otra parte, el abrigo más inmediato a su puesto le parece se encuentra a una distancia extraordinaria; el equipo le oprime y le molesta, se encuentra torpe y pesado, precisamente cuando quiere levantarse y correr.

Así el tirador se encuentra más a gusto en su abrigo, y una vez que lo ha arreglado no piensa en abandonarlo.

Los tiradores no han de desanimarse, aunque reciban esas impresiones tan desagradables. El momento de partir es duro; una vez en marcha y corriendo ya no se oyen silbar las balas. Pero si renuncian a marchar y permanecen escondidos, comienza el miedo.

**¿Cuándo se debe avanzar?**—Para alcanzar el abrigo desde el que el enemigo acecha, hay que destruirlo primero, o por lo menos espantar a quienes podían causar daño durante el avance.

Se podrá adelantar sin riesgo: 1.º Cuando el enemigo renuncia a tirar o cuando sus balas pasan muy altas. 2.º Por sorpresa, durante una pausa del fuego enemigo: el enemigo, que estaba descuidado, corre hacia sus fusiles y trata de romper el fuego, pero ya es tarde; tened cuidado, no obstante, con los rezagados y con los que puedan llegar. 3.º Cuando la posición enemiga es bombardeada por nuestra artillería.

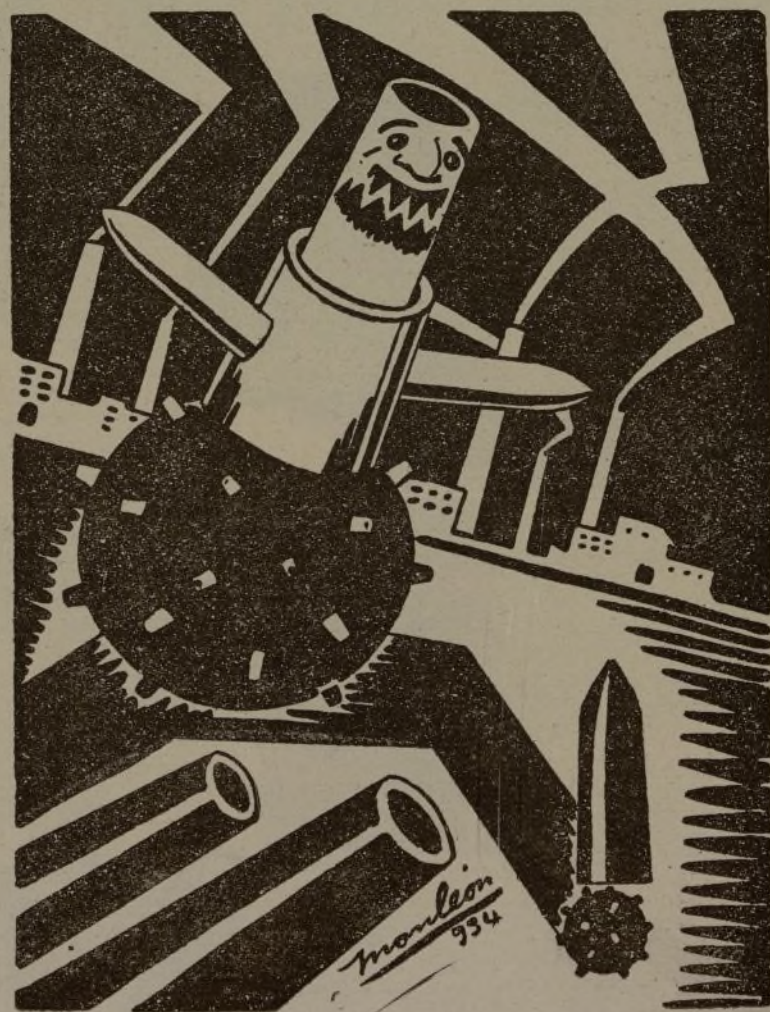
**Salto.**—Antes de darlo, fijad bien el lugar adonde se quiere llegar. Si el movimiento no es dirigido por un oficial o clase, poneros de acuerdo con los compañeros para dar la señal de avance y evitar que no quede nadie rezagado.

Advertir a los vecinos que estén dispuestos a tirar si el enemigo aparece.

No atraer la atención del enemigo levantando el fusil o al incorporaros.

Afirmaros bien el correa, cantimplora, etc., y apretad bien el cinturón.

Por la transcripción. Un





# Por lo que luchamos



España, país fértil en arte, tiene en peligro, los tesoros que crearon los siglos. Hay, que recuperarlos. Por eso, luchamos. Para que «Las Meninas» de Velázquez, no vean turbada la tranquilidad quieta de sus juegos: para que «El entierro del Conde de Orgaz», no sea mercadería facciosa en el extranjero: para que los pintores y los escultores y los poetas y los músicos y los artífices todos populares, vuelvan al silencio de sus estudios, para que tanta belleza vuelva a la paz de los edificios, con aromas de años viejos, es por lo que el pueblo español lucha y luchará, hasta que haya roto las alas de los pajarraeos que trajeron la muerte sobre la tierra, en la que siglos y siglos, aumentaron sus más preciadas joyas.

Ayuntamiento de Madrid



# HEROES ANONIMOS



Los cazadores de la 72, van enderezando los caminos que el fascio en su huída por tierras de Guadalajara, fueron destrozando. Las carreteras nuevas, abiertas a la victoria, hablan de la labor anónima y forzada, de estos forjadores del triunfo. (Fotos Sanz de Ancos)

## RAPIDA

El enemigo, emboscado en el bosquecillo de X..., nos hacía un fuego infernal.

Sus máquinas, sin dar un instante de tregua, vomitaban diluvios de balas sobre nosotros.

A todo trance quería impedir que estableciéramos contacto con la posición A, que teníamos orden de relevar. Es más, amenazaba correr sus líneas hacia la derecha para cortar la carretera por la cual habíamos de hacer el contacto con nuestras fuerzas.

Era de todo punto indispensable que la gente a quien nosotros íbamos a relevar hiciera una salida, iniciara una agresión por ese flanco para que el enemigo, viéndose entre dos fuegos, se reple-

gase y pudiéramos cumplir la orden recibida.

Nuestro capitán pidió un motorista de enlace.

Presentóse un mozo espigado, de color moreno y mirar de acero.

—A la orden, mi capitán.

—Irás a la posición A... y entregarás este pliego al jefe de la fuerza. El camino, como ves, está batido; hace falta un hombre de valor. ¿Irás?

—Cuando usted quiera, capitán.

—Pues ve, y al llegar pide tu galón de cabo.

—A sus órdenes, mi capitán.

—Ten en cuenta que este pliego no puede cogerlo el enemigo de ninguna manera.

—Salud, muchacho. Hasta luego.

—Salud, capitán.

Y guardando la orden recibida en un bolsillo, saltó sobre la «moto», que pocos instantes después cruzaba como un rayo la lluvia de muerte que enviaban los enemigos.

Era tan difícil poder llegar indemne a la posición A..., que solamente la necesidad ineludible de relevo había movido al capitán a enviar el enlace.

Pasaron veinte minutos largos, muy largos, que fueron uno a uno cayendo como losas de plomo sobre nuestro ánimo.

Para todos el bravo motorista había cumplido su deber, cayendo bajo una ráfaga de las mil que lanzaban los contrarios.

De pronto... Un estruendo de mil demonios por el flanco de la derecha. Morterazos, metrallazos, cañonazos... el delirio.

El enemigo que cae en la trampa, y se repliega con rapidez.

El capitán va a dar la orden de saltar los parapetos, cuando, como una centella pasa una «moto» a nuestro lado, y al minuto oye decir el capitán:

—Mi capitán, la orden cumplida. Como allá no tenían galones, he vuelto por si queda por aquí alguno, porque hay allá un muchacho, que vaya si merece ser cabo...

Nuestro capitán, que es un valiente, así, un valiente, no pudo contestar, entre el temblor de párpados y de voz.

Y arrancando un galón de sus grados lo entregó al enlace, al mismo tiempo que, rompiendo la emoción, le decía:

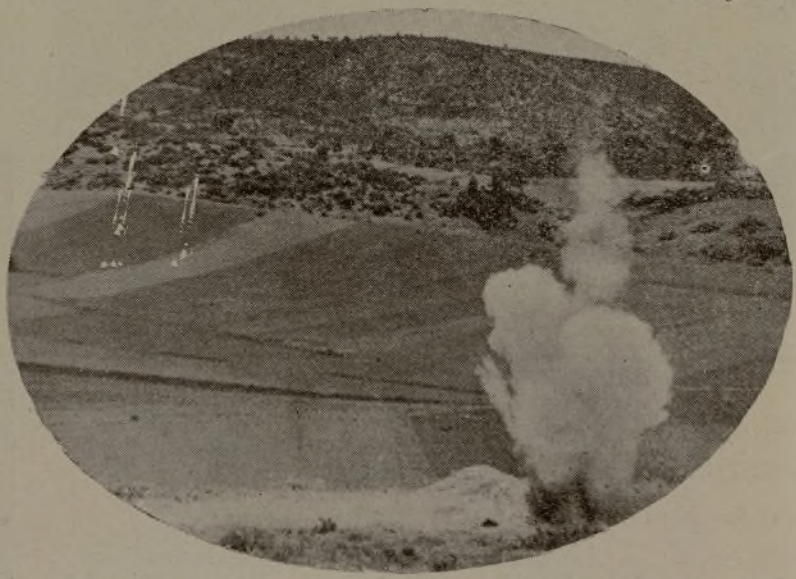
—No tengo más que esto, muchacho, y es para ti. Póntelo.

Y un fuerte abrazo confundió al jefe que supo mandar y al soldado que supo obedecer.

Además... hicimos el relevo.

PAREJO.

—Descuide, capitán. Me lo comeré, si vienen malas.



El barreno, bien distinguido por la brigada de cazadores minadores, abre nuevas rutas de acceso...





**SEIS PUNTOS**

**Todo lo que da de sí la  
Sociedad de Naciones**

A título de curiosidad, y para que vosotros, luchadores de la Libertad que en las trincheras soportáis estoicamente lluvias y soles, metralla y dolor, transcribamos los seis puntos del proyecto de resolución acordados en la reciente reunión del Consejo de la Sociedad de Naciones:

«1.º El Consejo deplora los bombardeos de las ciudades abiertas y de la población civil.

2.º Hace constar su satisfacción por los múltiples esfuerzos del Comité de Londres en pro de la no intervención.

3.º Hace constar que la participación de los extranjeros en la guerra agrava el problema de España y de la paz europea.

4.º Expresa la esperanza de que todas las potencias colaborarán con su mayor solicitud en cuanto se relaciona con la salida de dichos extranjeros.

5.º Aprueba las medidas humanitarias tomadas hasta ahora y que se tomen en adelante; y

6.º Expresa la esperanza de que la guerra se acabe lo antes posible.»

Naturalmente, de sobra comprendéis que después de semejantes conclusiones, ya está todo hecho. Ya está todo hecho por parte de los mandones de la política internacional. Que ganar la guerra es cosa nuestra, exclusivamente nuestra. Que sólo por nuestro esfuerzo y por nuestro tesón alcanzaremos la victoria, y que nada, absolutamente nada debemos esperar de los medios internacionales.

La guerra y la revolución la ganará exclusivamente el pueblo español. Y la victoria será el fruto rotundo de su esfuerzo y de su heroísmo, sin que nada tenga que agradecer a los países pseudo-democráticos, que habrán demostrado ser los mejores aliados del fascismo internacional.

**ESCARNIO**

Puestos a resumir en una sola palabra el resultado de la reunión del Consejo de la Sociedad de Naciones, esa que encabeza este artículo es la que viene de molde a las decisiones que en el mismo se han adoptado en relación con la guerra española.

Un escarnio. Eso y no otra cosa son los seis puntos del proyecto de resolución. Escarnio a la justicia y a la humanidad honda que debe siempre presidir las actuaciones de todos los hombres y especialmente de aquellos que son en quienes se encarnan los deseos de convivencia pacífica entre los pueblos y que se han erigido a sí mismos en defensores del orden en las esferas internacionales. Escarnio a la razón que tiene el pueblo español en la contienda que actualmente llega a su punto culminante. Escarnio a la sangre que se ha derramado sobre los campos de España en esta contienda a muerte entre el capital y el trabajo, entre los oprimidos y los opresores de siempre. Escarnio a las esperanzas ingenuas que muchas mentes fáciles a ilusionarse por los menores datos de buenos fines pusieron en la actual reunión del Consejo de la Sociedad de Naciones.

Pero, ¿es que han creído ni tan siquiera un momento los santones de la política internacional que es medianamente serio llegar respecto al problema español a las conclusiones que ellos han llegado? ¿Es que pretenden que el pueblo español sienta por ellos el más profundo de los desprecios?

Pueden estar seguros, completamente seguros, que todos los sectores de la España leal, incluso aquellos que, llevados de su ingenuidad sin límite, creyeron alguna vez en la eficacia de sus palabras, están indignados ante el escarnio que suponen las conclusiones a que se ha llegado en el reciente Consejo de la Sociedad de Naciones.

No vamos a decir que de esa reunión esperase nadie una solución justa y rápida del problema español. Eso no; todos sabíamos que la eficacia de la Sociedad de Naciones era nula o casi nula.

Pero sí esperaban muchos, que, por lo menos, tuvieran un poquito de pudor.

Pero ni tan siquiera ese pudor mínimo se pone de manifiesto en los resultados que se obtienen. La más completa falta de sentido resplandece en ellos de una manera diáfana. Y se limitan a hacer unas simples concesiones de tipo intelectualoide a los «buenos sentimientos» de las demás naciones y de los que luchan en los campos de España.

Para eso no necesitaban haberse reunido. Para seguir bailoteando en la cuerda floja de la indecisión y de la tolerancia de todas las barbaries, de todos los abusos, no era preciso que malgastasen su precioso tiempo en las reuniones de Ginebra.

Claro que para lo que hacen los reunidos en Ginebra, bien pueden permitirse el lujo de perder su tiempo.

Pero, al menos, que no ironicen a costa de un pueblo que se está jugando la vida heroicamente en las trincheras de la Libertad.

**EL DESTINO**

**Aunque Ginebra no quiera  
está con el pueblo**

Las tropas de la República han conseguido nuevas victorias en los frentes de la sierra.

El destino ha querido que una vez los ataques viles de los adversarios de la Libertad tengan una respuesta de ofensiva victoriosa. Aún no se había extinguido en Almería el estampido de los cañonazos, el fragor de las casas derrumbándose y los quejidos de los heridos, cuando ya entre los riscos de Navacerrada resonaban los gritos de victoria en labios de los hijos del pueblo y por las laderas de Balsaín se lanzaba el alud victorioso de la Libertad.

Esa es la única respuesta que puede y debe darse a los que aspiran a convertir al pueblo español en una colonia dispuesta a todas las experiencias, abierta a todas las rapiñas de los eternos explotadores. Ante la frialdad helada de los hombres que se dicen «ángeles custodios de la paz», ante la indiferencia de todos los Gobiernos democráticos ante la tragedia española, ante la sordera de todos los gobernantes del mundo a nuestras demandas y a los deseos de las masas proletarias de sus respectivos países, se impone que el pueblo español, por sus propios medios, respaldada su autoridad moral por la adhesión y la solidaridad de todos los trabajadores del mundo, dé a los invasores la respuesta contundente de su heroísmo.

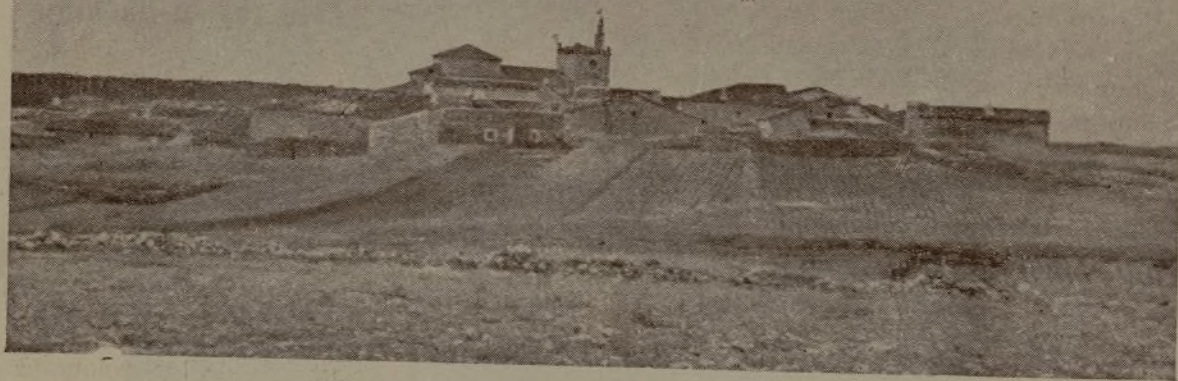
Y el pueblo español que sabe estas verdades, que conoce que nade tiene que esperar de Ginebra, arranca decidido por la ruta del heroísmo y obtiene las victorias rotundas que lanzan por las laderas de Balsaín, camino de Segovia, sobre las fuentes que supieron de intrigas cortesanas, el entusiasmo de sus soldados heroicos.

El destino, aunque Ginebra no quiera, está también de parte del pueblo y de la Libertad.



## POR TIERRAS DE GVADALAJARA

# pueblos reconquistados



Carredondo, el pueblo recién reconquistado, luce en lo alto de su torre, como un airón de triunfo, la bandera de la República. (Foto de Sanz de Arcos).

Carredondo, Sacedorbo, Esplegueras, Las Inviernas... En lo más alto, de cada una de sus más tímidas atalayas, tiembla, para siempre, con palpitaciones de emoción, la bandera de la República. Y el viento inclina, hacia la próxima lejanía, el airón tricolor, presintiendo el vuelo, que le llevará a posarse, en la parte más alta de Sigüenza. La bre-

cha de la gran victoria está abierta por aquí, por donde deambulan, gozosos y risueños, los bravos muchachos de la 14 División, por estas tierras de Guadalajara, donde los hombres de Mera, paladines esforzados de la brigada 72, van consolidando con paso firme un avance seguro por la ruta definitiva del éxito.

¡Pueblos reconquistados de Guadalajara! Saturados, todos ellos, de esa íntima complacencia, que da la cosa recuperada, vuelta a ser, llenos de la alegría de encontrarse a sí propios, libres de una pesadilla, que nubló de momento el claro cielo de su vivir tranquilo y reposado.

En su molestia, no gritan, suspiran. Pero por el aleteo de sus callados anhelos, se les ve el alma henchida de satisfacción incontenible.

Por unos instantes, le hemos sorprendido, en su recogido meditar. ¿Qué piensan estos pueblos de su reciente liberación?

En el puesto de mando de Carredondo.

Angel Ramírez, militar de abolengo revolucionario, nos dice...



Las casas chatas y curvas, se abren a los soldados del pueblo

—A nuestro paso, por estas calles laberínticas de Carredondo, en busca del puesto de mando militar, se van abriendo, pausadamente, muchos huecos de estas casas chatas y negras, dejando escapar un hálito de curiosidad. El vecindario, acostumbrado al trajín y al atruendo militar, mira con sorpresa al visitante, que desentona del ritmo marcial que impera en el pueblo.



En la plaza, los vecinos comentan los incidentes de las pasadas operaciones y sueñan con el próximo avance

Grupos de soldados de la 72 llenan la plaza, en corrillos fraternos, donde se hilvanan las horas del bien ganado descanso, en el fruncido de las más esperanzadas ilusiones.

El guía que nos conduce nos detiene ante una casita risueña, llena de flores, no sin antes informarnos, con el caudal de una locuacidad andaluza de la mejor clase: «aquí tenéis el arto mando. Y este artomóvi nuevecito que está aquí a la puerta, era de Franco. Se lo cogimos en el avance. Y ha pasao a sé de nosotros. Menuo ejemplar. Lleva radio y tó. Y cuando te duele la cabeza con la música, te anuncia la aspirina y te pones de durse. ¡Por aquí! El jefe de la brigada, lo tienen aquí despachando con el comisario. Un momentito; ná. Te advierto que vas a conocé al hombre más simpático der globo. Un paisano de Seviya, que hasta cuando riñe, embelesa. Aquí, lo queremos tos como cosa propia. Un revolucionario cien por cien, como me enseñaron a decí en Madri, y milita de los pies a la cabeza. Angel Ramírez. Si tú lo debes de conocé. Si es más conoció en nuestra tierra que er pan de Alcalá. Aquí tienes ar jefe...»

¿Verdad que basta con esta presentación? No haría una





Angel Ramírez, jefe de brigada que desde su puesto de mando de Carredondo, dirige las fuerzas que operan en este sector.

biografía más sintética ni más acabada el biógrafo más experto. El jefe de la brigada de la 72, Angel Ramírez, no es ni más ni menos que lo que nos acaba de informar el simpático «cicerone». Un militar de abolengo revolucionario, que prestigia con su mérito la causa del Ejército del pueblo. Y como remate, un sevillano de pura cepa, que emula con su tesón a su paisano Rodrigo de Triana.

Militar del pueblo y para el pueblo, hubiéranos apostillado únicamente al exacto retrato que nos acaba de hacer nuestro guía.

—¿...?

—Muy contentos. Nuestros hombres forman un ejército disciplinado y entusiasta, con el que se puede ir a todas partes. Estos días se han reforzado todas las posiciones conquistadas últimamente. Se ha trabajado de firme.

—El pueblo, ya lo ves. Encantado con nosotros. Una transición tranquila, como un sueño para ellos. Desde el primer momento no encontramos más que una entusiasta colaboración en todos los vecinos. En sus autoridades...

—¿...?

—Las mismas. ¿Para qué cambiar nada?

—¿...?

—No te digo, que fué de la noche a la mañana. Una cosa rápida y de sorpresa. Se acostaron esclavos y se levantaron liberados.

—¿...?

—Maravilla más que nada la intuitiva repulsa de estos pueblos que parecen dormidos al intento de yugo fascista. De una manera espontánea y delicada manifiestan a toda hora la alegría profunda que les domina al ver alejado el peligro que les rondó tan de cerca.

—¿...?

—Nadie. No se marchó ningún vecino.

Todos, absolutamente todos, respiraron tranquilos, solidarizados con nosotros.

—¿...?

El cuadro de mando en Carredondo. Antonio Hernández de la Mano, comandante del primer batallón. Diego Coronado, comandante del segundo. Capitán Toribio Gómez, jefe accidental del tercer batallón. Capitán Boch, jefe accidental del cuarto. Comisario de la brigada José Ignacio Mantecón. Pérez Funes, comisario del tercer batallón, y Santiago Muela, comisario de guerra del segundo.

—¿...?

—Deseando operar. Están, como quien dice con la miel en los labios. El espíritu y la moral de los soldados es algo ejemplar.

El jefe de la brigada, después de una breve consulta telefónica, se dispone a visitar las posiciones de Abánades, donde le reclaman.

Aprovechamos el resto de espacio que dedicamos a nuestra visita a Carredondo, para desparramarnos por las calles del pueblo recién conquistado por la causa de la justicia y de la razón, en busca de una contestación adecuada a nuestro interrogante inicial ¿Qué pensarán estos pueblos de su reciente liberación?

Llevamos el propósito de entrevistar a alguien. Esta

misma mujer nos podría decir... Esperemos que desarraigue todo su ceño esquivo y escamón.

—¿Están contentos ahora, después de haber sido cogido el pueblo por los soldados de la República?

—¡Y tan contentos, señor...! No habría nos de estarlo... Figúrese que ellos nos pagaban los huevos a veinte céntimos el par, y ahora lo vendemos a cincuenta y a sesenta céntimos...

Un poco perplejos de este concepto de la normalidad ciudadana a base de estas inapelables teorías económicas, seguimos nuestra marcha.

El pueblo nos habla por sus vecinos. Una paz magnífica oreo su ambiente. Del campo, de la tarea agrícola cercana,

llega el eco del trajín y de la labor.

La fisonomía de Carredondo, como la de este manojo de pueblos arrebatados al fascismo, se acusa con trazos eficientes. En todos ellos se respira libertad.

Un silencio augusto sirve de remanso a la actividad bélica que se presiente, que parece llegar...

**En Sacécórbo, la vida municipal se desarrolla normalmente.**

—Esta herida del pie—nos aclara el alcalde de Sacécórbo, Gabriel Ortiz—, me la produjo hace unos días un casco de metralla enemiga en Cifuentes. Gajes de la oportunidad. Pero, ya voy marchando.

—¿Quiere decirnos algo o anecdótico de la ocupación de



El Alcalde de Sacécórbo, Gabriel Ortiz, nos habla de la normalidad municipal del pueblo, cuyos destinos rige, bajo el signo de la República.



este pueblo por las tropas leales?

—Aquí, hemos vivido unos meses en plena anécdota. Cuando pasamos horas verdaderamente dramáticas fué allá por el mes de enero, cuando los fascistas en su empuje, con insulas de avasallamiento, creían que todo el campo era suyo. Entonces la resistencia de Sacecorbo fué algo épica. Todos los vecinos, como un solo hombre, se aprestaron a la defensa. Los hombres, en las líneas de fuego cercanas al pueblo, y las mujeres ayudando a llevar municiones y material sanitario a los combatientes, en un esfuerzo colectivo admirable. Algo numantino.

Luego, parado en seco el avance, quedamos, por nuestra situación, a merced de las pillerías sueltas del enemigo.

Constantemente realizaban descubiertas, verdaderas «razias», que nos traían atemorizados. Pero casi todas, aprovechando la noche.

Batidos por el fuego de artillería, vivíamos hechos al peligro, hasta que llegó la liberación final con la ocupación en firme por los soldados de Mera.

—Como alcalde, ¿puedes decirnos si ha sufrido algo la administración municipal?

—Inmediatamente después de reconquistado el pueblo, se normalizó la vida municipal en la forma que puedes ver. Y todo marcha normalmente.



Vista general de Sacecorbo, otro de los pueblos, que han caído en poder de las fuerzas leales

Nuestra compenetración con el mando es absoluta.

—¿En la retirada de los fascistas, faltó algún vecino del pueblo?

—Han desaparecido ocho vecinos. Uno de ellos, herido de bala anteriormente por los facciosos, en un combate, y no repuesto aún de sus heridas, suponemos que habrá muerto, y los otros, no sé, no sé.

—¿Qué huellas dejaron los facciosos en Sacecorbo?

—Muchos carteles pegados por las paredes. Anuncios italianos, con colores de la bandera monárquica y el odio que supone el propósito de pretender invadir una tierra que no les pertenece. Por aquí venían pocos españoles. Algunos jefes salteados, pero todas las fuerzas eran italianas y extranjeros del Tercio. Por cierto que, aunque inmediatamente ordene que desapareciesen to-

dos los carteles y afiches, como ves por los rastros, conveniría que enviaran por aquí material de propaganda de nuestras ideas. Aquí hacen más falta que en parte alguna. Como los periódicos llegan con algún retraso, la utilidad de la propaganda mural es imprescindible.

—¿Qué impresión más agradable recuerda de la ocupación del pueblo?

—La alegría de los soldados. No puede compararse a nada. La alegría del triunfo conseguido, unida a la satisfacción nuestra de vernos libres, formaban un conjunto inolvidable. Y si, además, tienes en cuenta la atención correcta con que nos trataron los jefes, puedes figurarte...

—¿Se trabaja mucho actualmente?

—Todas las faenas del campo que estaban interrumpidas se han puesto en actividad, y además el pueblo rivaliza en colaborar con las necesidades de las fuerzas para que les sea más agradable su estancia aquí.

—¿La proximidad del teatro de la lucha, les habrá hecho ya el acostumbrarse a la guerra?

—Ahora ya respiramos felices, como si nada hubiera pasado. No ves que el peligro está lejos. Además, el quebranto sufrido por el enemigo le ha hecho enmudecer y facilitar así el avance y la consolidación de las posiciones que

últimamente se les han arrebatado.

Gabriel Ortiz, alcalde de Sacecorbo, hombre ilustrado y competente, nos acompaña, pese a la lesión que sufre, recordándonos en cada esquina y en cada casa algún episodio pasado.

En la fachada del Ayuntamiento los edictos, adosados a la tabla de anuncios, delatan la normalidad en que se desenvuelve el Concejo.

En la plaza, junto al suministro de Intendencia, se agolpan docenas de soldados, en espera de la hora del rancho.

De pronto, una conmoción general invade a todos. Ha llegado la prensa de Madrid. Los periódicos confederados son arrebatados de mano del emisario y leídos con avidez.

La noticia sobresaliente, en grandes titulares, de la muerte de Mola, electriza a todos de entusiasmo. Se improvisan demostraciones de contento, en tanto que los más leídos repitan unas y cien veces ante el corrillo de oyentes la lectura de los telegramas en los que se da cuenta de la muerte del hombre que nació sin entrañas...

Carredondo, Sacecorbo, Esplegueras, Las Inviernas, recobrada su fisonomía peculiar, son pruebas bien elocuentes del triunfo de la razón y la justicia en manos de esos conductores del éxito que se llaman Cipriano Mera, Arderius, Velardini, etc., etc...



Este automóvil, que pertenecía al alto mando fascioso, y que cayó en nuestro poder, lo lucen los soldados en servicios del frente



DEL FRENTE DE MADRID

# Han matado al "Negus" de Sigüenza

por MAURO BAJATIERRA

Escribo estas líneas llorando de dolor y de rabia.

Han matado al «Negus», el capitán de la sección de ametralladoras del batallón Sigüenza, de la 39.

No preguntéis por su nombre de pila. No lo sabemos. En todo el frente de la Casa de Campo era conocido por «Negus».

Este remoque, que le honra, se lo pusieron allá en los días heroicos de guerrear en la Alcarria.

El «Negus» era algo así como el espíritu combativo del batallón y el estímulo de la 39 brigada.

Por todas partes se le veía al «Negus». Era el errante por las trincheras. No dormía, no posaba.

En la noche del domingo me decía en la trinchera más alta del cerro del Aguila:

—¡Estoy muerto, Mauro! Termino todas las noches, que no me tengo.

Y así era. Su temperamento, activo y meticoloso para el servicio, no le permitía estar tranquilo si no lo veía él todo, si no lo toca para cerciorarse que está bien dispuesto todo.

Y así ha caído.

En la noche del domingo, en la trinchera, castigó al enemigo con una serie de cohetes que le hizo mucho daño.

Meticoloso, no quiso el «Negus» que nadie los tirara, y fué él mismo quien, lleno de satisfacción, «palpaba» el resultado apetecido. Uno de los cohetes acertó a entrar por una de las troneras del parapeto enemigo, suponiendo las bajas causadas por los destrozos que hizo en el parapeto.

—Ahora verás—me decía—; les voy a mandar los cohetes con «coleta», y al mismo tiempo que les mando «tomate» les mandaré lectura, para que vean que aquí somos aplicados.

Tomó un puñado de hojas de propaganda y una cuantas revistas, «Liberación», órgano de la quinta división, y «¡A vencer!», revista de la 39 brigada, las ató a las cañas de los cohetes y allá fueron, sin pedir permiso, a meterse entre los traidores.

Después, contento por el éxito, nos sentamos cuantos camaradas quisieron, a comernos una ensalada, y a tomar un poco de vino. Por mi parte, era la comida y la cena, gustada con satisfacción inmensa, entre los muchachos del Sigüenza, a 630 metros sobre el río Manzanares, en la trinchera

más alta del cerro del Aguila, a treinta metros del enemigo.

Luego hubimos de reirnos con los dichos de los muchachos.

Había uno que aseguraba que todos los días veía a un «civil» de su pueblo que le llamaban «Pollino». Lo conocía porque tiene unos bigotes más grandes que los tuyos—decía dirigiéndose a mí.

¡Cómo reía el pobre «Negus» las agudezas de sus muchachos!

Después empezamos a recorrer los cuatro mil metros de trinchera que todo el día tenía que recorrerse el «Negus» varias veces, incluso de noche.

Yo le reprendía: No asomes la cabeza por encima de los parapetos—le decía—, que estáis muy cerca.

La noche del viernes, cuando el incendio de la Casa de Campo, lo veía ir y venir corriendo por todas partes.

¡Muchachos—decía a los que le querían entrañablemente—, cuidar de las máquinas, que no pase ningún accidente a nadie;

Las llamas señalaban su silueta al enemigo, que le disparaba sin

cesar; mi buen camarada ni se daba cuenta.

Una bala hubo de estrellarse en la tierra y, al explotar, le salpicó la cara, hizo un extraño y siguió mirando por encima del parapeto.

Horas antes de que lo mataran me hizo quitar de una tronera, diciéndome: Ese agujero tiene ya a su cargo tres compañeros; lo tenía localizado el enemigo.

Quién le iba a decir al pobre y valiente amigo que antes de las veinticuatro horas recibiría la muerte en el mismo sitio, sobre la tronera que no quiso que yo siguiera ocupando por miedo a un peligro para mí.

¡Así es la vida!

Allí mismo, disparando unos cohetes contra el enemigo, acompañado del excelente compañero, comandante del «Sigüenza», Ciriaco, y su fiel enlace «Potaje», al asomarse sobre el parapeto para ver el efecto, como tenía por mala costumbre el pobre «Negus», recibió un balazo en la frente que le atravesó la cabeza.

Ciriaco, el gran comandante, gran camarada y gran amigo, un

hombrón tremendo, lloraba como un niño la muerte de su capitán querido.

Lloramos todos los que queríamos al «Negus».

¡Qué dirá el capitán Salinas, que con el muerto, con cariño fraternal, compartió hasta hace pocas horas los días malos y los días buenos, como nosotros, desde los días de combates en Atienza!

—¡Ten cuidado, Mauro!—me decía hace poco nuestra Federica.

De los primeros en lanzarse a la lucha, de los días heroicos, vais quedando pocos.

¡Qué verdad más grande! Y es que ayer, como hoy, los hombres revolucionarios y dignos ocupamos los puestos de los primeros días.

¡Pobre «Negus»!

¡Tan valiente, tan bueno, tan hermano de todos!

¡Te llevó la muerte!

Todos te lloramos; pero las lágrimas de los hombres que combatimos fecundan la lucha contra la traición y los invasores.

Descansa en paz.

¡Diste todo por la idea!

## Estampas de la guerra europea \* \* \* \* \*



Como una evocación trágica, traída a nuestra mente por la traición de esos generales cobardes, que han pretendido vender a España, a la avarición de Hitler y Mussolini, llega a nosotros esta estampa de la "gran guerra" en la que el uso de los gases asfixiantes, en un ataque desesperado a la bayoneta, es el ritmo de muerte, con que acompañan sus afanes de victoria, los que fueron lanzados a la vorágine, por los mismos, que hoy quieren especular con la sangre española.





# OBUSES SOBRE LA GRAN VÍA

*La viruela  
negra del  
fascismo*

El corazón de Madrid, sufre estoicamente, el criminal canoneo fascista. La viruela negra de su metralla, mancha las paredes de sus casas, como un estigma de impotencia, incrustándose en el odio de la población civil, que ve en este cobarde atentado a todos los derechos de gentes, la prueba clara de lo que el fascismo trae en sus venas. Odio, destrucción y barbarie. Cada huella, cada marca, cada hueco, es un cartel vivo, en el que la ciudad de todos los martirios y de todos los sacrificios, muestra su desprecio al agresor extranjero. Con el deterioro inútil, de sus edificios, le ocurre a Madrid, lo que le pasa a las mujeres bonitas, que le "dá" la viruela negra. Que su belleza, es más impresionante y más emotiva.



Ayuntamiento de Madrid